

Camino de la imaginación

José Antonio Escrig

Cuentos y relatos, Ana María Navales

Larumbe. Textos aragoneses, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014.



Cuentos y relatos ofrece la oportunidad de explorar la imaginación de Ana María Navales previa al ciclo bloomsburiano, momento de culminación de su obra. El acceso a los años de formación de un escritor y la comprensión del despliegue de su universo constituye siempre un ejercicio interesante del que pueden extraerse aprendizajes valiosos. En el caso que nos ocupa, los cuentos recogidos en este volumen¹ ofrecen esta imagen de desarrollo: la forja de una escritora, pero también la imagen del establecimiento de una serie de ejes estéticos sobre los que se consumará su obra de madurez y, con ella, de los

¹ En *Cuentos y relatos* se ofrece el conjunto de textos breves escritos por Ana María Navales (1939-2009) durante el periodo comprendido entre los años 1957 y 1987. La edición incorpora un total de 88 cuentos ordenados cronológicamente por su editora, Isabel Carabantes, quien dispone un prólogo con interesante información sobre la vida y la obra de la autora.

contornos y equilibrios de dicha imaginación desplegada.

El conocimiento del estado final del proceso y los horizontes a los que apunta desde casi su mismo principio (accedemos a los cuentos de una jovencísima Ana María Navales, de apenas dieciocho años) permiten reconocer dos ejes, dos grandes líneas sobre las que gravitará el conjunto de su imaginación. Esos dos ejes son el *simbolismo* y la *expresión de la conciencia individual*. No aparecen estos ejes de manera simultánea, ni su estado de evolución es el mismo, pero tienden en todo momento a aproximarse. Cuando esta aproximación se consuma y equilibra, rinde sus mejores frutos (es el momento de su plenitud), cuando uno de ambos flaquea, desfallece o hipertrofia, el resultado evidencia el desequilibrio. Lo interesante del caso es que Ana María Navales parece consciente de ello en todo momento, de ahí que

quepa definir su afán literario, su destino de escritora, como la búsqueda constante de un equilibrio. Para ello no duda en acumular experimentos (estamos ante una obra voluminosa, ante una labor tenaz), en ensamblar y en variar.

Toda esta labor de ensamblaje y variación se articula en torno a dos ejes que, decimos, no aparecen ni maduran de forma simultánea. El primero en aparecer es el simbolismo, auspiciado en los primeros relatos bajo el signo de la literatura sobre niños. El encargo de dirigir la sección infantil de un periódico propicia la ocasión para desarrollar pequeñas piezas protagonizadas por niños. Son decenas los relatos consagrados por Navales a la imaginación infantil. Conviene diferenciar muy nítidamente la circunstancia histórica de la elección estética, pues el trabajo en el periódico concluye, pero Navales mostrará durante toda su vida un interés muy

especial por el simbolismo contenido en los niños, un simbolismo presente constantemente en su imaginación. El símbolo del niño es muy poderoso en la literatura moderna. El niño es la encarnación del futuro, la fuerza del anhelo, el pequeño escenario de una utopía. Como tal aparece en los cuentos juveniles y adultos de Ana María Navales, bien mediante el trazado de perfiles reales, bien mediante la recuperación de la infancia como metáfora. Navales presenta niños curiosos, deseosos de aventura, seres ansiosos de conocimiento (representado en los libros). Estos niños aparecen arropados por multitud de elementos simbólicos de carácter popular (juguetes, colores, animales, payasos, árboles, marineros...) e incorporan siempre una dimensión de futuro que suele concretarse en el deseo de viaje, evasión, fuga, crecimiento. Son niños que quieren llegar a la luna o descubrir qué mundos mágicos se abren a partir de las doce de la noche. Si constituyen el escenario de una “pequeña utopía” es porque su condición de niños, su imaginación indivisa, permite a la autora desarrollar pequeñas fábulas de evasión, fantasías de rebeldía, independencia o locura que posteriormente ensayará con personajes adultos. Esta es la primera lección, el primer intento de equilibrio que muestra la obra de Navales. El fértil simbolismo que ensaya en sus cuentos de juventud alrededor de la figura del niño será transplantado progresivamente a figuras adultas (jóvenes idealistas, mujeres rebeldes, creadores excéntricos...) que comparten con el niño su deseo de evasión y conocimiento. Estas figuras adultas expresarán su anhelo a través del segundo eje: la vertebración del lenguaje íntimo, la verbalización de sus conciencias.

Navales explora a través del símbolo del niño el umbral entre la cotidianidad y el misterio. Uno de los ejemplos más felices de este primer eje (donde conviene decir que completa obras de singular belleza) lo representa el cuento “Las pompas de jabón”. En él, Navales consigue expli-

car los principios de relación misteriosa entre lo natural y lo imaginario que aparecían en sus ya primerísimos y sugerentes “apuntes” de redactora novata (“Un paseo por Santander”, “La Magdalena, playa de niños y sueño”) o en el muy sutil “Adiós... Bernardette”. Así comienza “Las pompas de jabón”: “En este momento quiero sentirme como uno de vosotros: chiquillos traviesos que jugáis con todo aquello que os viene a la mano”. Y continúa, pocos párrafos después, tras haber expuesto el arte de formar pompas: “Es ahora cuando el juego está en su apogeo, cuando quisiera tener tan pocos años como vosotros, amiguitos, para contar con esa fantasía sin mezcla, con esa facultad que vosotros tenéis para transformar todo en un cuento de hadas. Hasta las irisaciones que produce la luz en las pompas de jabón os maravillan. Toda la realidad de vuestro mundo infantil es pura fantasía que habéis podido concretar en alguna cosa. Al revés que los mayores, que embellecen la realidad con el poquito de fantasía que les queda de sus años infantiles” (págs. 69-70).

El contraste ente “fantasía sin mezcla” y “realidad embellecida”, de marcado carácter moderno, anuncia la aparición del segundo eje en la obra de Navales. Progresivamente su obra se orienta hacia la exploración de la conciencia del individuo, hacia la representación de la “voz interior”. Ello no implica un abandono del primer eje (los personajes siguen soñando con viajes imposibles, ansían realizaciones imposibles) sino una preocupación por la “realidad embellecida”. En ese mundo híbrido (mezcla de la fantasía y de la realidad) el acento recae en algunos casos en el lenguaje (proceso de estilización que explica muchos de los experimentos contenidos en el libro *Dos muchachos metidos en un sobre azul*), y en otras ocasiones configura esferas que giran alrededor del eje de la exploración de la conciencia bien a través de la recreación histórica (“El caballero don Artal de Luna”), bien a través

del mito, la leyenda o la fantasía (“La ninfa errante”, “La casa de las dos fachadas”), el temor, la duda, la ensañación, la obsesión (“Los pájaros del miedo”, “Sospecha”) o incluso la propia burla, la parodia de estos (“El repartidor”, “Los raíles del sueño”). La imaginación de Navales ensaya diferentes formas de representación del anhelo individual, concebido como tesoro íntimo en un mundo complejo y hostil para el individuo.

Los primeros indicios de aproximación de los dos ejes aparecen en algunos de los cuentos finales del volumen, extraídos de la novela *El laberinto del Quetzal*. Particularmente llamativo es el caso del cuento “La mojiganga”, donde el protagonista masculino, refiriéndose a su compañera Georgina e intentando caracterizar los contradictorios caracteres de ambos, dice las siguientes palabras, particularmente luminosas en el contexto que nos ocupa:

“Su lenguaje de alegoría [el de Georgina] no me aclaró sino su deseo de vivir una soledad afectiva, sin levantarle cercas al tiempo. El futuro estaba enfrente y me miraba sin desconfianza” (pág. 383). Y añadirá poco después, hacia el final del relato: “Su lenguaje era emocionado e infantil mientras que el nuestro [el del protagonista, en sus diferentes vidas] había pretendido ser maduro e intelectual, lo que demostraba que ninguno de los dos caminos conducía a parte alguna. Pero compartir el error nos hace sentirnos menos desgraciados” (pág. 387).

No en balde *El laberinto del Quetzal* era una novela que, al modo del *Orlando* woolfiano, exploraba las posibilidades fantásticas y autoconscientes de la identidad compleja, por encima de las leyes del espacio y del tiempo. Navales encontró en Virginia Woolf un modelo sintético para los dos ejes principales de su imaginación y para su deseo constante de equilibrio. Pocos años después escribiría sus *Cuentos de Bloomsbury*, feliz reunión de caminos.